

# LOS JUEGOS EN LA HACIENDA



# LOS JUEGOS EN LA HACIENDA

NIDIA RIVERA GONZÁLEZ

CC.SIBDI.UCR - CIP/4038

Nombres: Rivera González, Nidia, 1958- , autora.

Título: Los juegos en la hacienda / Nidia Rivera González.

Descripción: Primera edición. | San José, Costa Rica : Editorial UCR., 2024.

Identificadores: **ISBN 978-9968-02-106-7** (rústico)

Materias: LEMB: Cuentos costarricenses. | Cuentos infantiles costarricenses.  
| Literatura costarricense.

Clasificación: CDD CR863.5—ed. 23

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.  
Primera edición: 2024.

© Editorial Universidad de Costa Rica,  
Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.  
Apdo.: 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257  
administracion.siedin@ucr.ac.cr  
www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial.  
Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

# Contenido

xiii | Prólogo

xv | Introducción

1 | *La línea férrea*

11 | *El río Reventazón*

17 | *Así conocí el mar*

25 | *Hoy llegan mis hermanos*

35 | *Los juegos en la hacienda*

45 | *La casa grande*

51 | Glosario



# La línea férrea



Ilustración 1. La línea

**E**l motocar pasaba muy temprano frente a nuestra casa.

—Mami.

—¿Sí, Nina?

—¿Por qué pasa tan temprano?

—Porque es muy importante revisar la línea antes de que el ferrocarril empiece a circular.

—¿Pero qué revisan, mamá?

—Los **durmientes**, los rieles, las clavijas que están en la línea, y también si hay obstáculos.

Todo esto me explicaba mientras me servía el café y una deliciosa tortilla con natilla casera. A mi mamá le gustaban los buenos modales en la mesa, aunque los alimentos fueran escasos, pues en mi pueblo, La Florida, comer bien era difícil: solo estaba la pulpería de don Hugo, y las hortalizas y las verduras las sembrábamos o nos las regalaban. En el alto, mataban un animal al día para comer carne de res, y un vendedor la repartía muy temprano en dos cajas de madera que colgaban a ambos lados de su caballo. Y mi mamá tenía gallinas para carne y huevos. Así se resolvían los alimentos en la hacienda.

Terminé de desayunar y pedí permiso a mamá para ir a ver los arreglos de la línea con mis hermanos.

Así, me fui con Beto y Guzo, quien era el menor de los tres, pero no sin antes advertirle a este que fuera juicioso, pues era muy activo y de pronto buscaba juegos peligrosos.

—¡Nina, mire! —señalaba Guzo corriendo hasta unos trabajadores—. Ahí está don Justino, el jefe de los linieros.

Fuimos hasta donde él y nos explicó que arreglaban unos durmientes dañados. Comprendimos, entonces, que a veces los cambiaban para que el tren no se descarrilara y causara un accidente.

Después de despedirnos de los trabajadores, caminando en silencio, nos fuimos pensando en qué aventura o juego inventaríamos. Entonces, Guzo interrumpió con la idea de que jugáramos a hacer equilibrio en la línea del tren.

—¡No, Guzo! ¡Porque nos podemos caer y quebrar!

—Vamos despacio —insistía él, ya caminando muy rápido sobre los rieles.

Mientras veíamos cómo se alejaba, yo me quejaba con Beto, quien, acostumbrado a las imprudencias de Guzo, esperaba que se cansara finalmente.



Ilustración 2. Nina y Beto



Los habitantes de La Florida recorriamos la línea del tren, a modo de camino, por diversos tramos: desde la casa a la Poza de 45, a **Fourth Cliff** o incluso hasta Siquirres por una emergencia médica, generalmente, pasando por el Codo del Diablo, lugar donde la línea férrea formaba una curva muy pronunciada y peligrosa entre el paredón de la montaña y el precipicio que conducía al río; quizás a eso se debe su nombre.

Esa mañana, cuando regresamos a casa, mamá nos tenía una sorpresa: iríamos a Fourth Cliff, donde nuestro amigo Juan. Mi hermana Alicia también iría; ya había jugado con sus amiguitas.

Avanzábamos conversando, atentos a los durmientes, a cualquier sonido del tren y a otros peligros, como una serpiente o un derrumbe, muy comunes en nuestro camino por la línea férrea. Llegamos a la finca de don Juan y ahí pasamos largo rato escuchando sus historias, comiendo cacao maduro y tomando el agua de pipa que muy amablemente él nos ofrecía.

De regreso a la casa, íbamos con verduras, frutas, yuca, plátanos, carambolas y cocos; todos ayudábamos con la carga, y así empezábamos de nuevo la caminata. Las tardes en Fourth Cliff eran muy bonitas entre fincas, el camino por la línea, las frutas y, en general, visitar a los amigos.

En el camino, como aún era temprano para la hora del tren, cuando nos encontrábamos cerca de las casas de la **Northern** le pedí a nuestra madre un rato más de juego, ya que estábamos por llegar... Nos dio permiso, siempre y cuando volviéramos

antes de que pasara el tren, a lo que yo contesté, en nombre de mis tres hermanos, que gracias.

—¡Nina, vamos a la orilla del río a buscar camarones para pescar mañana! —dijo Guzo, señalando un área del cauce.

Pasó mucho rato mientras jugábamos. Ya teníamos nuestros camarones de carnada en un tarrito con agua cuando el tren que venía desde Limón pitó. Nos miramos. Como estábamos cerca de la próxima estación, el tren pasaba lento, y entonces fue cuando vimos sorprendidos que ya Guzo corría y aprovechaba para guindarse de la baranda del último vagón, y con mucha agilidad, lo lograba.

Nosotros también corríamos detrás del tren para convencerlo de que tuviera cuidado.

—¡Guzo, tírese ya! —gritaba Alicia, mientras todos seguíamos corriendo.

—¡Guzo, tírese ya!

Al fin se tiró y rodó por un barranco pequeño. Llegamos hasta donde había caído y le vimos un raspón que le dolía mucho. Entre todos, lo llevamos al río a limpiarlo y tranquilizarnos para regresar, pero yo, aún asustada, le dije:

—¡Ve, Guzo! ¿Y ahora qué le diremos a mamá?

Al llegar, mamá nos regañó con suficiente razón... ¡El tren ya había pasado! Sin embargo, nosotros nos miramos callados y ninguno mencionó la travesura: fue nuestro secreto.

Más tarde, nos llamó para comer y nos disculpamos con ella por desobedecerla con la hora.

Luego de ayudar en los quehaceres de la cocina, continuamos en silencio en el corredor. Afuera, la noche estrellada estaba fresca y, desde hacía días, seguíamos, sentados en la línea, la trayectoria de un cometa, creo que era el IKEYA-SEKI. Fue en ese momento cuando mamá nos dijo que podíamos ir a observarlo un rato: ella sabía que deseábamos verlo. Antes de salir, Alicia buscó una crema para untarle a Guzo en el raspón.

—Guzo, venga y le pongo crema, para que no duela tanto.

—Guzo...

—¿Sí, Nina?

—Este susto no debe pasar más.

Todas las noches desde que salió el cometa IKEYA-SEKI, salíamos a verlo, hasta que llegaba el cansancio, pues la línea era incómoda para sentarnos dos horas y con alguno dormido, casi siempre era Guzo. Seguro, como era tan aventurero, le llegaba muy pronto el cansancio. El cometa se posaba justo encima de la capa del bosque; ahí aparecía ese coloso todas las noches y por eso lo veíamos desde la línea. En su compañía, conversábamos y compartíamos los cuatro como dos horas cada noche. Sentados en la línea disfrutábamos nuestro diálogo sobre juegos, viajes, abuelos... y de bichos también.

Nunca he visto tanto animalejo como en la hacienda: sapos, ranas, iguanas, pericos, monos, lagartos, osos perezosos, tucanes, garzas, tortugas, serpientes, carbunclos, lagartijas, murciélagos, peces bobo, camarones, gusanos, cerdos, ganado, gallinas, mariposas, caballos, patos, yigüirros, chorchas... La hacienda en las noches nos cautivaba: además de ese fabuloso astro, los bichos mágicos nos acompañaban.

Esta es una  
muestra del libro  
en la que se despliega  
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la  
[Librería UCR Virtual](#).

LIBRERÍA  
UCR  
  
VIRTUAL



## Acerca de la autora

Nidia Rivera González nace el 23 de septiembre de 1958 y es oriunda de San Carlos, Alajuela (Costa Rica). Es hija de Lilly González Arroyo y de Bernardo Rivera Aguilar. Estudió Agronomía y Ciencias Naturales y trabajó posteriormente en diversas instituciones: UCR, CATIE, UNED y MEP.

La trayectoria de la autora incluye la publicación de poemas, libros de pedagogía de las Ciencias Naturales y, recientemente, cuentos.

Corrección filológica: *Jessica López V.* • Revisión de pruebas: *Alexander Jerez R.*  
y *Pamela Bolaños A.* • Imágenes de portada y contenido: *autora*  
Diseño de contenido, portada, diagramación y control de calidad: *Raquel Fernández C.*

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEDUCA),  
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN.  
Marzo, 2024.

El libro de cuentos *Los juegos en la hacienda* contiene vivencias reales y construye, de manera agradable y sencilla, la estructura de las haciendas de los años sesenta en la zona de Siquirres de Limón. Concretamente, el libro está compuesto por seis cuentos cortos que relatan las vivencias de la población de la Hacienda La Florida, con relatos vívidos, alegres y picarescos protagonizados por niños. Tres elementos confluyen en estas historias: el tren, el río Reventazón y la ruralidad.